

que se retiren las tropas, porque su presencia es una irritacion continua para el pueblo, un obstáculo perpétuo para que renazca la confianza y se promueva una reconciliacion, que es lo mas urgente por ahora, pues dentro de poco seria demasiado tarde. Yo ignoro quién adoptó las actuales medidas y quién aconseja que se persevere en ellas, pero debo decir que quien las propone incurre en una grave responsabilidad. Demasiado sé que ninguno se reconocerá como el autor, y que todos procurarán evitar se les haga este cargo; mas alguno será el que haya inclinado en este sentido el ánimo del monarca, que si persiste en guiarse por tan malos consejeros, lo perderá todo. Ciertamente podrá llevar una corona, mas si en ésta falta la principal de sus joyas, poco será su valor. ¿Qué mas puedo decir? No es mi ánimo asegurar que se haya hecho traicion al rey, pero sí afirmo que la nacion está arruinada. ¿En qué se fundan nuestras reclamaciones sobre América? ¿Con qué derecho insistimos en llevar á cabo esas injustas medidas contra un pueblo tan leal y respetable? Ellos dicen que no teneis derecho para someterlos á un impuesto, y tienen razon sobrada, porque aquel es inseparable de la representacion. Apenas hay hombre en este país, por precario que sea su estado, que no se crea legislador de las colonias británicas, y la frase, *nuestros súbditos americanos*, se pronuncia continuamente hasta por la clase mas ínfima del pueblo. Pero la propiedad, señores, es del único y esclusivo dominio del que la posee; nadie puede ni debe tocar á ella, porque es una unidad, un punto matemático, un átomo intangible para todos, menos para el propietario; el contacto de un extraño contamina toda la masa y la destruye, y en una palabra, todo cuanto tiene un hombre es absoluta y esclusivamente su-

yo y nadie tiene derecho para tocar á ello.»

Despues de manifestar que los americanos habian sido engañados lastimosamente al observar con ellos una política tan opuesta á la que esperaban, Lord Chatham continuó de este modo: «¿Cómo se ha conducido ese pueblo al verse rodeado de tantas vejaciones? Con una paciencia sin ejemplar; con la mas profunda sabiduría. Ellos eligieron sus delegados para el libre sufragio, pero esto lo hicieron de una manera franca y leal, sin apelar á subterfugios, y los representantes se han conducido con la mayor nobleza. Por su escesa prudencia, por su notable moderacion, por su dignidad, por sus sublimes sentimientos y sencillez de lenguaje, por todo, en fin, se ha distinguido el Congreso de Philadelphia. Ese pueblo instruido habla alto, es verdad, pero lo hace así porque no debe usar el lenguaje de los esclavos. No os piden como un favor que derogéis vuestras leyes, sino que os lo reclaman como un derecho, diciéndoos que no se someterán á ellas, como yo os lo digo á mi vez. La ruina del ministerio es inminente si no adopta pronto una medida para evitarla, y por lo tanto, señores, yo os aconsejo que derogéis vuestras leyes, pero advertid que todavia no es esto bastante; es preciso que termineis la obra, declarando que no hay derecho para sujetar á las colonias á un impuesto, único medio de conseguir que vuelvan á tener confianza en vosotros.»

Aquel elocuente abogado de la justicia y de la verdad terminó su discurso con estas palabras: «Profundamente impresionado, señores, ante la urgencia de tomar una medida decisiva en esta deplorable situacion, y aunque afligido por una cruel dolencia, me he arrastrado hasta esta Cámara para aconsejaros segun mi esperiencia. Mi consejo es que supliqueis á S. M. que mande retirar

inmediatamente sus tropas, porque esto es lo mejor que se puede hacer en los momentos actuales. Así se convencerán las colonias americanas de que vuestro objeto es juzgar su causa con arreglo á las leyes de la libertad y no por los códigos de la sangre. ¿Cómo queréis que la América confie en vosotros cuando ve dirigirse contra su pecho las bayonetas de vuestros soldados? Razon tiene para creer que deseais su muerte ó su esclavitud. Al llegar á este punto, no puedo menos de apelar á vuestro recto juicio, para que hagais justicia, y debo advertiros que no cesaré en mi empeño hasta tanto que mis dolencias me postren en el lecho del dolor. Señores, no hay tiempo que perder; el horizonte está preñado de amenazas, y quizás en estos momentos en que estoy hablando haya estallado ya el trueno sobre millones de habitantes. La primera gota de sangre causará una profunda herida muy difícil de cicatrizar, una herida de esas, que se dilatan, que corroen y que acaban por apoderarse de todo el cuerpo. Siendo así, señores, pongamos manos á la obra de una vez, y obremos como lo exigen las circunstancias. No quisiera que pensarais que trato de estimular á los americanos para que traspasen los límites de lo prudente y de lo justo, pues bien sabeis que repruebo y he reprobado siempre la violencia y los excesos; pero tratándose de los derechos de que deben gozar las colonias con arreglo á las leyes fundamentales de la Constitucion inglesa, me declaro desde luego americano, y como tal, trataré siempre de revindicar esos derechos, oponiéndome enérgicamente á todos aquellos que traten de usurparlos.»

Josías Quincy, que estaba en la galería de la Cámara cuando se pronunció este discurso, lo elogia altamente, manifestando que los americanos deben estarle agradecidos por la nobleza con que defendió su causa. Lord

Camden y otros varios nobles apoyaron á Lord Chatham, pero el ministerio obtuvo una inmensa mayoría, y en la Cámara de los Comunes se pasaron á una comision los documentos procedentes de América, entre los cuales se hallaba la peticion dirigida al rey por el Congreso Continental. Franklin, Lee y Bolla, que eran agentes de las colonias, dirigieron una solicitud á la Cámara en 26 de enero, manifestando que el Congreso les habia encargado presentaran una esposicion al Parlamento y que deseaban ser oidos para dar una esplicacion; pero la Cámara no quiso acceder á esta solicitud, y el ministerio rechazó las reclamaciones de América, alegando que se quejaban de *supuestas* vejaciones.

A principios de febrero, Lord Chatham presentó otro *bill* con objeto de arreglar las diferencias, sin dejar de reconocer **1775.** la suprema autoridad de la Gran Bretaña sobre las colonias. Aunque por dicho *bill* se proclamaba la *suprema autoridad* del Parlamento sobre América en todos los casos menos en el de crear impuestos, se *desestimó* por un voto ó dos, contra uno, sin que se le dispensasen los honores de una segunda lectura. Lord Chatham, segun dice Pitkin, habia enseñado el *bill* á Franklin antes de presentarlo á la Cámara de los Lores, pero este último no tuvo tiempo de hacer en él ciertas alteraciones que indicó. Franklin se presentó sin embargo para asistir al debate á ruegos de Lord Chatham, y Dartmouth quiso poner el *bill* sobre el tapete, pero Lord Sandwich se opuso á que se recibiera, alegando que debia desestimarse sin discusion alguna, porque mas bien parecia la *obra de un americano*, que no la de un Par de la Cámara Británica. Al decir esto, lanzó el noble Lord una mirada á Franklin, que se hallaba presente, y añadió: «Me parece conocer á la persona

que ha redactado ese escrito, y por cierto que es el mayor enemigo que pudiera tener este país.» A esto contestó Chatam que él solo era el autor, y que se creía obligado á declararlo así, por lo mismo que sus compañeros de la Cámara formaban tan pobre opinion de su obra, no siendo justo que ninguno sufriese la censura que él solo merecía. Además de esto, manifestó sin el menor escrúpulo que si él fuera el primer ministro de la nacion y estuviese encargado de arreglar la cuestion del momento, no tendria reparo alguno en solicitar el auxilio de una persona tan entendida en los negocios de América como el caballero á quien se habia aludido de una manera tan injuriosa, sin tener en cuenta que toda la Europa le apreciaba por sus profundos conocimientos y sabiduría, no solo porque hacia honor á la nacion inglesa, sino tambien al género humano (*).

Al poco tiempo presentóse al rey un informe relativo á los asuntos de América, en el cual declaraba el Parlamento que, atendido á que la provincia de Massachusetts-Bay se habia pronunciado en abierta *rebellion*, era preciso adoptar las medidas oportunas para restablecer la autoridad de la suprema legislatura. Los ministros prometian solemnemente al monarca estar á su lado, aunque fuera á costa de sus vidas y haciendas, para hacer frente á los rebeldes súbditos de las colonias. A pesar de la elocuente oposicion que se hizo contra el proyecto, aprobóse por una gran mayoría, así como tambien por el monarca, que sancionó en un todo la política observada con América. El día 10 de febrero Lord North presentó un *bill* restringiendo el comercio de Massachusetts, New-Hampshire, Rhode-Island y Connecticut á la Gran

(*) *Historia civil y política de los Estados Unidos*, vol. 1, pág. 312.

Bretaña, Irlanda y la India inglesa, y prohibiendo que se establecieran pesquerías en los bancos de Terranova y otros puntos, por un tiempo limitado. Estas restricciones se extendieron tambien á todas las colonias representadas en el Congreso de Philadelphia, escepto Nueva-York y la Carolina del Norte. La minoría se opuso en ambas Cámaras á dichos *bills*, alegando que eran injustos porque con ellos se castigaba lo mismo al inocente que al culpable, y que los consideraba contrarios á la política que debia seguir la Gran Bretaña. Dijose tambien que si los colonos, especialmente los de Nueva-Inglaterra, se veian privados de su comercio con el extranjero y de sus pesquerías, no les seria posible pagar las considerables cantidades que adeudaban á los comerciantes británicos; pero todos los argumentos, aun cuando se reconocieron justos, fueron completamente inútiles contra las medidas propuestas por el ministro. En la Gran Bretaña predominaba la idea de que el pueblo de Nueva-Inglaterra dependia completamente de las pesquerías, y que faltándole los medios de subsistencia, no podria menos de someterse y prestar obediencia (*).

Lord North, que despues de todo era un hombre amable y amante de la paz, se aventuró á proponer un plan de reconciliacion, que en su conjunto no diferia mucho del presentado antes por Chatam. Disponía-
1775.
se en él, que cuando el gobernador, Consejo y Asamblea, ó Congreso general de cualquiera de las colonias de S. M. en América, propusiera facilitar algun auxilio con arreglo á sus condiciones y circunstancias para contribuir á la defensa comun, ofreciendo al mismo tiempo encargarse del sosteni-

(*) No deja de ser interesante el exámen de las *Indicaciones acerca de los medios que probablemente producirian una union duradera entre la Gran Bretaña y las colonias*. Véase la Autobiografía de Franklin. Págs. 83-94; 325, etc.

miento del gobierno civil y de la administracion de justicia de la citada colonia, se admitiera la propuesta, previa la aprobacion de S. M. y de las dos Cámaras del Parlamento. A la colonia que se hallare en este caso no se la impondria contribucion alguna ó impuesto, y si solo los derechos que se fijaran para la regularizacion del comercio. Este proyecto del ministro escitó la mayor sorpresa, y habiéndole indicado algunos que aquello era lo mismo que declararse contrario á la política del gabinete, Lord North contestó, que en realidad él no concedia nada, y que con su proyecto esperaba tan solo dividir las colonias é impedir su oposicion unida. Previa esta explicacion, adoptóse el proyecto, pero como es fácil de suponer, no produjo ninguno de los resultados que apetecian los ministros. La aprobacion del proyecto conciliatorio de Lord North no impidió que Mr. Burke y Mr. Hartley presentaran tambien á la Cámara sus respectivas proposiciones: la del primero de aquellos señores, fundada en el principio de la conveniencia, pedia que se permitiese á las colonias crear sus propios impuestos por medio de sus Asambleas segun la antigua costumbre, pero desestimándose á la vez todas las medidas del Parlamento que tuviesen por objeto imponer contribuciones en América. Mr. Hartley propuso que á instancia de ambas Cámaras exigiera el secretario de Estado un impuesto de las colonias para los gastos generales del país, permitiendo que las Asambleas *fijasen la suma y la aplicacion de ella*. Estas proposiciones, aunque apoyadas por la elocuencia y talento de Mr. Burke, fueron desechadas por las mayorías de siempre (*).

(*) Burke, que era agente de Nueva-York, presentó al fin de la sesion una enérgica solicitud de la Asamblea general de aquella colonia, la cual desagradó altamente á los ministros. Lord North consiguió que no se tomara en consideracion por la Cámara.

Entre tanto los americanos no perdian el tiempo. El Congreso provincial de Massachusetts se reunió el 1.º de febrero de 1775 en Cambridge, y á los quince dias suspendió las sesiones para reanudarlas luego en Concord. Una vez allí, procedió con la mayor energía á tomar las medidas convenientes para hacer una vigorosa resistencia, y al efecto escitaron á la milicia á que no descansa-
1775.
sara hasta ponerse al corriente de la disciplina militar; recomendóse asimismo la construccion de armas de fuego y bayonetas, y se encargó eficazmente al pueblo que no facilitara á las tropas de Boston ninguna cosa que fuera necesaria para la guerra. La junta de salvacion resolvió por su parte comprar pólvora, cañones y otros efectos indispensables, que debian depositarse en Worcester y Concord.

El general Gage no permaneció impasible ante aquellos actos, pues habiendo sabido que los colonos tenian en Salem algunos almacenes militares, juzgó prudente enviar al coronel Leslie con un destacamento de soldados para que se apoderase de ellos. Esto sucedia el domingo 26 de febrero, y habiendo desembarcado las tropas en Marblehead, marcharon á Salem; pero como no encontrasen allí nada, prosiguieron su camino hácia Danvers, á donde acababan de trasladarse los efectos militares. Al llegar el destacamento á dicho punto, los colonos le disputaron el paso, pero gracias á la prudente intervencion de Bernard, miembro del Congreso de Salem, no se vertió sangre, si bien este hecho sirvió para aumentar la actividad del pueblo, el cual estaba convencido de que á cada momento habria encuentros de esta especie.

La Junta de Virginia se reunió en Richmond el 20 de marzo, siendo Washington uno de los delegados, y todos los proyectos se discutieron y aprobaron con la mayor activi-

dad. Patricio Henry propuso, entre otras cosas, que se armase y disciplinara la milicia de la colonia, pero muchos de los miembros y hombres notables de Virginia, estrañando semejante proposición, se opusieron á ella, en la esperanza de que aun podría conseguirse que las colonias se reconciliaran con la madre patria. Henry, sin embargo, apelando á su impetuosa elocuencia, rebatió cuantos argumentos se le hicieron, pronunciando estas palabras: «¡Ya no queda esperanza alguna! ¡es preciso luchar! Lo repito, señores; no queda mas medio que la lucha; solo debemos apelar á Dios y á las armas!» La proposición de Henry fué aprobada hasta por el mismo Washington, que no confiaba ya en ningun arreglo, y la Junta terminó su sesión acordando que se favoreciese la industria del país y se protegieran las fábricas. Poco despues Washington escribió una carta á su hermano manifestándole que estaba resuelto á consagrar su vida y su fortuna á la causa del país.

Poco satisfecho Gage con el mal resultado que obtuvo anteriormente su proyecto de apoderarse de los efectos militares de los colonos, determinó organizar una pequeña expedición, esperando que esta vez no quedarían frustradas sus esperanzas. Habiendo sabido que los americanos tenían reunida una porción de efectos militares en Concord, punto situado á diez y seis millas de Boston, envió un fuerte destacamento de tropas para que se apoderara de los almacenes, é hizo todo lo posible para guardar el secreto; pero los colonos estaban siempre alerta, y como llegase á su conocimiento la noticia, la circularon inmediatamente. A las once de la noche del 18 de abril, Gage destacó 800

1775. granaderos y soldados de infantería ligera, que era la flor del ejército, al mando del teniente coronel Smith y del mayor Pitcairn, ordenándoles que se dirigieran secre-

tamente y con la mayor urgencia á Concord. La expedición se embarcó en Charles River, tomó tierra en Phipp, y avanzó luego hácia el punto de su destino; pero algunos amigos de los americanos que tenían conocimiento del proyecto antes de embarcarse las tropas, despacharon inmediatamente mensajeros en todas direcciones para publicar la noticia. El toque de las campanas y los tiros de mosquete dieron á conocer á las tropas que á pesar del sigilo con que salieran de Boston habían sido descubiertos, y que iba cundiendo la alarma por el país; pero continuaron su marcha, llegando á Lexington el 19 de abril entre cuatro y cinco de la mañana. En aquel punto hallábanse reunidos cerca del camino unos 70 hombres de la milicia ciudadana, mas no juzgándose con suficientes fuerzas, no trataron de resistirse, y entonces el mayor Pitcairn, que avanzaba con la infantería ligera, adelantó hácia ellos gritando: «¡Dispersaos, rebeldes! ¡dispersaos y arrojad las armas!» Como quiera que los colonos tardasen en obedecer, el mayor Pitcairn, dando algunos pasos mas, descargó su pistola y desenvainó la espada en tanto que sus hombres rompían el fuego. Varios americanos cayeron y los demás se dispersaron; mas observando los fugitivos que los soldados les seguían tirando, algunos de ellos hicieron también fuego. Esta vez quedaron ocho americanos tendidos en el campo de batalla.

Terminada esta refriega, llegó el resto de las tropas británicas al mando del teniente coronel Smith, y entonces dirigióse todo el cuerpo de ejército hácia Concord, donde encontró una fuerza de milicia, que, al ver á los ingleses, se retiró de un puente que estaba ocupando. Las tropas reales entraron luego en la ciudad, destruyeron dos piezas de artillería y cierto número de ruedas, y ar-

rojaron en el río quinientas libras de balas, único material de guerra que encontraron allí.

Mientras el cuerpo principal de las tropas se ocupaba en estas operaciones, la infantería ligera se había quedado guardando el puente, en tanto que los colonos iban á buscar refuerzos. Estos no tardaron en llegar á la cabeza del mayor Buttrick, de Concord, el cual ordenó á sus hombres que avanzasen; pero no sabiendo lo que acababa de suceder en Lexington, recomendóles que no hicieran fuego hasta que acometiese la tropa. Esto no se hizo aguardar mucho, pues como avanzara la milicia, los soldados hicieron una descarga, que fué contestada inmediatamente por sus enemigos, siguiéndose una escaramuza en la que hubo varios muertos por ambas partes.

Habiéndose conseguido el objeto de la expedición, las tropas empezaron á retirarse; pero se había vertido sangre, y no se quería que los agresores escapasen impunemente. La alarma iba estendiéndose por el país, y de todas partes acudían hombres armados que hostilizaron á las tropas en su retirada con incesantes descargas de mosquetería; mas habiendo sabido el general Gage que todos los colonos corrían á las armas, destacó novecientos hombres mas con dos piezas de artillería al mando de Lord Percy para que protegieran al primer cuerpo de ejército. Gordon nos dice que aquella tropa salió de Boston al compás de cierta música que era una burla hácia los colonos rebeldes.

Lord Percy encontró al coronel Smith con sus tropas en Lexington bastante apurado, pero como llevaba artillería, pudo tener en jaque á los americanos. Sin embargo, no

había tiempo que perder, porque de todos puntos ibase presentando la milicia ciudadana de tal modo, que cuando las tropas emprendieron la marcha se renovó el ataque, y Lord Percy continuó la retirada bajo el fuego incesante del enemigo, al que mantuvo sin embargo á una distancia respetuosa, gracias á las piezas de montaña y á las descargas de fusilería. Los colonos no estaban mandados por ningun jefe, y por lo mismo corrían de un punto á otro, situándose convenientemente para hacer fuego sobre la tropa sin esponerse tanto. Hubo muchos que cansados de la persecución, se retiraron al fin, pero eran sustituidos por otros al momento, de manera que aunque no tomaban parte en la refriega mas que unos quinientos hombres, continuábase la lucha sin tregua ni descanso hasta que las tropas en extremo fatigadas, llegaron al anochecer á Bunker's Hill sin llevar apenas cartuchos, á pesar de que por la mañana sacaron una gran cantidad (*). La pérdida de las tropas británicas en aquella desgraciada expedición fué de 65 muertos, 180 heridos y 28 prisioneros. Los americanos tuvieron 50 de los primeros y 34 de los segundos.

Con razón podía decir Washington en una carta que escribió luego, que las tropas británicas no tuvieron mas remedio que retroceder ante el pueblo de Massachusetts. Hé aquí el párrafo de dicha carta: «Si la retirada no se hubiera hecho tan aceleradamente, y Dios sabe que no pudo ser mas precipitada, las tropas reales habrían tenido que rendirse para no ser completamente destruidas.»

(*) Véase la *Historia de los Estados- Unidos*, de Lardner, vol. 1, pág. 124.